

# Las islas: trece historias, trece encantos

EDICIÓN Y REESCRITURA DE  
Berenice Granados y  
Santiago Cortés Hernández

*A nuestro esperado encanto, Tiago.*



Las islas:  
trece historias,  
trece encantos



*Las islas: trece historias, trece encantos*, de Berenice Granados Vázquez y Santiago Cortés Hernández, forma parte de la colección de libros infantiles Zango zango sabaré del Laboratorio Nacional de Materiales Orales, financiado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Primera edición impresa: mayo de 2019  
Primera edición digital: agosto de 2020

D.R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,  
c.p. 04510, México, Ciudad de México.  
Laboratorio Nacional de Materiales Orales, Escuela  
Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia, Antigua  
Carretera a Pátzcuaro 8701,  
colonia Ex Hacienda de San José de la Huerta,  
c.p. 58190, Morelia, Michoacán.

ISBN de la colección electrónica:  
978-607-30-3318-3  
ISBN del volumen electrónico:  
978-607-30-3320-6

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. El diseño de colección y el diseño de forros son obra de Andrés Mario Ramírez Cuevas. Las ilustraciones fueron realizadas por Bruno Valasse. La intervención final del texto y las tareas editoriales estuvieron a cargo de José Manuel Mateo y Quetzal Mata Trejo.

Hecho en México.

# Las islas: trece historias, trece encantos

---

EDICIÓN Y REESCRITURA DE  
Berenice Granados  
y Santiago Cortés Hernández

---

Relatos de las islas  
del Lago de Pátzcuaro,  
Michoacán, México

---

UNAM-ENES

2019



# El lago es María

El lago es mujer porque María es mujer.

Hace tiempo querían hacer una carretera que pasara por Ucasanástucua y Puácuro; una carretera como la de Jarácuaro. Para construirla iban a sacar mucha agua del lago. María entonces se enojó mucho, fue a la Ciudad de México, llegó a la casa del presidente y le dijo:

—Tú no vas a construir una carretera. Yo no quiero, porque vas a secar el lago, lo vas a echar a perder. Yo tengo muchos hijos: Yunuén, Janitzio, Pacanda, Tecuena, toda la ribera, todos ellos son mis hijos. Si tú sacas el agua, entonces se va a secar todo: ¿cómo se van a mantener, de qué van a vivir? Yo los mantengo a todos, la gente se va a morir. No vas a hacer la carretera.

Pero el presidente no le hizo caso a María y ordenó que hicieran la carretera. Llegó una tropa llena de trabajadores comandados por ingenieros y muchos camiones de carga repletos de grava y cemento. María entonces se les presentó:

—Ustedes no entienden. Quieren hacer la carretera, pero yo no lo voy a permitir.



Le dijo esto a los ingenieros mientras alborotaba con los brazos las aguas del lago, que formaron una ola gigantesca; la ola terminó por voltear los pesados camiones. Ingenieros y trabajadores, todos, todos salieron huyendo y no regresaron más.

Por eso decimos nosotros: María no es una cosa mala, viste así como nosotros, con unas naguas que más antes usábamos y un delantal adornado, bien arregladita.

Ella nos cuida, porque María es el lago. El lago tiene a María. María es nuestra mamá y es quien manda todo.

*Demetria Antonio Guzmán*

**Pacanda**



# El toro

Atrás del panteón había un toro. Decía mi papá:

—Ahí hay un toro.

Una vez, ahí me enseñó una piedra, era una piedra grande.

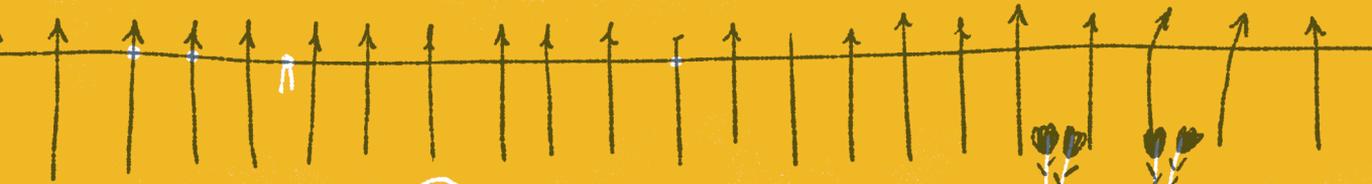
—Ese es el toro.

Me dijo mi papá. Tiempo después vinieron unos músicos a la fiesta del veinticinco de enero, la fiesta de nuestro pueblo, y ellos se lo llevaron.

Mi papá pescaba e iba a vender a otros pueblos. Antes no había carretera, nomás había una brechita que salía en Erongarícuaro y de Erongarícuaro a Pichátaro, y de ahí de Pichátaro a Sevina. Esos músicos eran de Sevina.

A Sevina se llevaron el toro. Mi papá lo reconoció allá cuando fue a vender el pescado. Cuando volvió me dijo:

—En Sevina está el toro de aquí: es igualito, igualito al que estaba aquí, lo tienen en el llano de Sevina. ¿No ves que hay un pedazo de tierra grande, grandote, donde hay muchos árboles? Allá lo tienen.



Yo le dije:

—¿Y usted cómo sabe?

—No, pus yo lo reconocí. Andaba con otro señor y yo le dije: este es nuestro toro de la Pacanda.

Y el señor hasta se rio.

—¿Cómo va a ser toro? ¿Qué no ves que es una simple piedra?

—Claro que no, este es el toro de mi tierra y para quitarme de las dudas voy a montarlo.

—A ver, pues, móntalo.

Dice mi papá que primero tomó una cobija grande —antes viajábamos con cobijas—, que llegó frente al toro y le hizo como le hacen en los toriles donde hay jaripeo: “Órale, toro, y órale, toro”, decía, mientras que agitaba la cobija. Y como el toro era de piedra, pues no hizo nada. Entonces tiró la cobija al suelo y se montó sobre el toro. Y mi papá estaba viendo a ver qué hacía el toro, cuando el otro señor le dijo:

—Ya déjalo, es una piedra, ¿qué te va a hacer?

—No, en mi tierra dicen que este era muy bronco, ¿por qué estará aquí tan mansito?

Después de un rato se fueron de Sevina y llegaron a Comachuén. Se les hizo de noche y pidieron refugio en casa de unos amigos. Era medianoche cuando alguien desde afuera de la casa comenzó a gritar:



—¡Ahorita sí salte, vente, aquí está el toro! Trae tu cobija, y si lo toreas es tuyo. Si te pega, a lo mejor te mueres, pero si le das la vuelta y lo montas, te lo llevas.

Entonces el señor que acompañaba a mi papá estaba acostado, completamente dormido y se paró de repente; tenía los ojos cerrados, pero sonámbulo como estaba quería salir. Entre mi papá y sus amigos trataron de detenerlo; estuvo forcejeando hasta que, después de un largo rato, lo controlaron. Mi papá lo despertó:

—¿Qué pasó, qué tienes? ¿Estás enfermo? ¿Tienes dolor o qué tienes?

—No, vinieron a avisarte, eso es lo que pasó. ¿Para qué anda así? Esos toros son peligrosos: de día no te hizo nada, pero en la noche ya vino por ti. Te quería llevar el toro, y hasta a mí también que ni lo monté.

A mi papá le dio mucho miedo y desde entonces les tiene mucho respeto a los toros. Hasta ahí nomás.

*Pedro Antonio Guzmán*

**Pacanda**



# La roca y la cueva del guardián

En este lugar se habla mucho de él, está en la piedra, dicen que es el Charro o el demonio. Yo no lo considero así, yo lo considero como el guardián. En este lugar hay una piedra que está cubierta; ahí hay una cueva que, se dice, llega hasta el centro de la isla.

A ese lugar llegó un día don Telésforo, había ido a la comunidad de Erongarícuaro en su canoa y, de regreso, se sentó por aquí a esperar a su esposa. Eran como las seis de la tarde, pero ella aún no regresaba, y ya empezaba a ocultarse el sol. Entonces vio a ese personaje. No lo vio como el Diablo, se le apareció como cualquier persona: un hombre barbón, un hombre grandote.

El hombrezote le dijo:

—¿Y tú qué andas haciendo?

—Espero a mi esposa.

—¿No te da miedo venir a este lugar?

—No, no me da miedo.

—Entonces, si no te da miedo, ¿te gustaría acompañarme? ¿Cómo estás tú?

—Bien gracias, ¿y tú?

—No, económicamente, ¿cómo estás tú?



—Pues la verdad, sí que estoy de lo más necesitado.

—Ah bueno, pus si estás muy necesitado, ¿no te interesaría tener lo que yo te voy a ofrecer?

—¿Pero qué me va a ofrecer?

—Tú nomás sígueme y vas a ver lo que yo te voy a dar.

Como queriendo y no queriendo lo acompañó. En un abrir y cerrar de ojos, se abrió una puerta en el lugar y bajaron por un camino. El hombre grande se detuvo y le comentó:

—Siguiendo este camino se te va a aparecer un toro, no le tengas miedo. Luego se te va a aparecer una víbora y después dos perros. Tú los tienes que esquivar y no les debes de tener miedo, no voltees hacia atrás, sígueme y sigue hacia delante.

Don Telésforo siguió adelante, entonces se le apareció ese toro grandote con sus cuernos inmensos; al momento de respirar el animal, arrojaba lumbre; los ojos le brillaban, tenía unos ojos molestos, endemoniados. Él tomó aire, respiró profundo y siguió adelante. Enseguida se le apareció una serpiente, los ojos también le brillaban y don Telésforo no tuvo miedo. Al último, se encontró con los dos perros; lo quisieron morder,

pero él los esquivó. Siguió caminando hasta que vio una explanada, una explanada grande. Para él fue una verdadera sorpresa, dijo:

—A este lugar nunca había venido.

La explanada estaba repleta de ganado, miles y miles de cabezas de ganado. Entonces el hombrezote le dijo:

—Mira, todos los animales que quieras lo puedes tener, pero quiero que hagas algo para mí.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Vamos a mi despacho.

Don Telésforo acompañó al hombrezote, entraron a una habitación donde había un escritorio.

—Aquí vas a firmar un libro, el día de mañana aquí te vas a quedar.

Dice que abrió un cuartito en el que había varias personas, estaban encadenadas. El hombre le volvió a decir:

—Allí hay un lugar, ese lugar va a ser tuyo, ahí te vas a quedar cuando yo te dé lo que te voy a dar, pero necesito una muestra más de tu valentía para que yo te conceda lo que te prometí.

Entraron los dos a un lugar oscuro, al fondo había un cristo, el hombre grande le dijo:

—Tienes que golpear a ese cristo, lo vas a golpear y me vas a mostrar que en realidad sí tienes valor. Esto es lo último.

Don Telésforo golpeó tanto al cristo que le caían lágrimas.

—Ya cumpliste. Ahora sí, vámonos, y acordamos el día en que yo te voy a llevar tu premio.

Entonces salió de la cueva en un abrir y cerrar de ojos. El sol ya se había ocultado, ya se le había hecho tarde. Cuando él llegó ya casi eran las nueve de la noche, su señora ya estaba ahí muy preocupada. Él no le comentó nada.

Pasó el tiempo y llegó el día que el hombrezote quedó de entregarle el ganado a la medianoche. Dice que de repente afuera de su casa escuchaba una carreta y muchos animales, o sea, bastante ganado. También acordaron que le entregaría dos baúles repletos de oro.

Entonces, como no le había comentado a su señora, él estuvo tratando de distraerla, contándole una y otra cosa para que no escuchara, pero a ella ese ruido le pareció muy extraño y se asomó por una rendija, entonces lo vio: estaba montado sobre su caballo; se asustó mucho porque ella nunca había visto a nadie así, dijo:

—Oye, viejo, aquí ya nos vino a visitar el Diablo. Ahí está el Diablo.



A esa persona nunca le veían la cara. Vestía como un charro: sombrero grande y caballo negro y que hasta arrojaba lumbre por los ojos. La señora se espantó tanto que no dejó salir a don Telésforo, como él no le había comentado nada, no lo dejó salir. Entonces el hombrezote gritó desde afuera:

—Bueno, como no quisiste salir, ya me voy. Te traje lo que te prometí, pero si no lo quieres, es cosa tuya.

Don Telésforo dejó ir al hombrezote.

Aún se comenta que todo aquel que quiere riqueza, que quiere dinero, tiene que venir a medianoche a este lugar para encontrarse con el Charro. Tiene que venir solo, no acompañado, y debe tener entre valor y miedo, porque al que solamente tiene valor, no se le aparece.

*Gregorio Campos Reynoso*

**Pacanda**



# La acúmara y el hombre pez

Aquí antes había un pescado muy sabroso, la acúmara, que nosotros conocíamos como sardina. Esa especie de pez tiene su misterio: salía el veinte de enero, cuando allá en el cerro del Tzirate se formaba una nube, de repente tronaba y caía un relámpago sobre la punta. Entonces se abría la tierra y de ahí brotaba la acúmara. Dicen que en el cerro del Tzirate hay una cueva subterránea. Hace unos años, supuestamente, quisieron poner una planta nuclear allá en Santa Fe de la Laguna.

Entonces vinieron unos buzos a investigar, se sumergieron en una lagunita que está ahí en el cerro y encontraron una cueva.

Ahí entraron y se les apareció un hombre pez que les dijo:

—Aquí mejor ni le busquen, no anden buscándole, porque si no, yo, personalmente, me voy a encargar de que nunca puedan regresar a sus casas.

Los buzos huyeron como pudieron. A ellos les habían encomendado que llevaran información para construir la planta, por eso cuando los llamaron para que rindieran cuentas dijeron:

—No queremos saber más del cerro, ni de este lago.

Pero ellos aseguran que el laguito estaba lleno de acúmaras.



Esa especie era muy codiciada. La gente se peleaba por ella, por eso Dios mismo hizo que la acúmara desapareciera. Ahora solamente nos queda el recuerdo de cómo brotaba esa especie, era también un pequeño encanto: el encanto de la acúmara.

*Gregorio Campos Hijo*  
**Pacanda**



# La música

Cuando yo era muchacha escuché que sonaba música. A las doce se escuchaba música allá abajo donde había una cueva. Ahí había un hoyo, pero ahí adentro no se escuchaba, sino afuera, en la entrada. Siempre me dijeron que eso era un encanto.

Esa música atraía a las personas para que le pidieran lo que quisieran: centavos, animalitos, gallinas, que sólo le tenías que pedir y pasar algunas pruebas. Esa música era también encanto.

*Guadalupe Reyes Campos*  
**Pacanda**



# La campana

En el agua hay una campana. Cuando estaba la Revolución, un rey se andaba escondiendo porque lo querían matar. Vino de la orilla, huyó con la campana, la cargó en su espalda y se la puso como sombrero. La campana era de oro. Pero como tanto anduvo, se cansó y bajó la campana:

—Yo aquí me voy a quedar a dormir —dijo.

Y se quedó aquí, por eso así se llama aquí, Pacanda, porque aquí se quedó a dormir. Cuando se levantó, ya no quiso llevar la campana, porque estaba muy cansado y tenía que seguir huyendo, casi lo alcanzaban para golpearlo. Entonces tomó la campana y la aventó al agua. Por eso así le dicen ahí: Campano, porque hay una campana ahí; hay una campana en el agua.

Entonces el rey se fue a la sierra, se fue a esconderse. Y llegó a Puácuaro, y allá vio *puasicha* —lo primero que tiene la milpa— y por eso así se llama: Puácuaro. Siguió avanzando y empezó a tener hambre. Comió en Napizaro. Tenía hambre y vio un árbol, un encino con bellotas, una semillita parecida a la nuez, peló la semilla y comió la bellota. Siguió avanzando y llegó a Erongarícuaro; allá volteo para atrás a Pacanda. Y por eso así se llama Eronga,



porque volteó el rey. Aquel hombre siguió adentrándose, no sé para donde se fue de ahí.

Decía mi abuelito que a las doce del día tocaba esa campana, está aquí en la orillita, le llamamos así: Campana. Es la campana que hundió el rey, es un encanto, es el encanto del rey. Así nos contaban los papás, para que no nos fuéramos a jugar a la calle, para que no nos llevaran los encantos.

*Guadalupe Reyes Campos*  
*y Demetria Antonio Guzmán*  
**Pacanda**



# El ternero bravo

Una vez mi primo compró una vaca en Tecuena. La vaquita creció, ya era grande la vaquita. Mi primo la llevaba arriba, a comer pasto, la soltaba en el monte y así andaba. Decían que por ahí salía un toro grande. Resulta que la vaquita se cruzó con ese toro, dijo mi primo:

—¡Ay, pues ya ni modo!

Mi tío, cuando vio a la vaquita preñada preguntó:

—Bueno, tú, ¿a dónde fuiste a cruzar a la vaca?

Y mi primo contestó:

—No, no fui a ningún lado. ¡Quién sabe! Se cruzó aquí, yo no la llevé a ningún lado. Entonces la vaca parió un ternero chico. Y ese animal era tan bravo... ¡tan bravo que estaba! Se subía allá a comer pasto y luego regresaba brincando para salir ahí en la punta y tomaba agua. Ya después venía aquí. Todos tenían miedo de él: venía y se subía a la canoa, metía la cabeza y la aventaba.

Una señora de Comachuén lo vio tan bravo que pidió que se lo vendieran; mi primo lo hizo. Entonces se lo llevaron a Comachuén. El yerno de la señora dijo cuando vio que era tan bravo:



—¡Voy a amansarlo! Yo me voy a encargar de amansar este ternero.

¿Crees que pudo amansarlo? Traía hartos animales y cuando iba a llevarlos el señor a pastar —a darles de comer el pasto—, el ternero se perdía. Cuando veía gente, en cuanto la olía, los correteaba y les pegaba. La gente le huía, se subía a los árboles para escapar del animal. El yerno de la señora no lo pudo amansar. Recorrió todos los jaripeos de la zona, lo llevaron a cualquier lado donde había toros. Lo montaba la gente y terminaba tirándolos, haciéndoles daño. Entonces decidieron sacrificarlo: lo mataron. Pero la gente decía que ese ternero era de encanto, por eso ese animal era tan bravo. Era encanto, eso nomás.

*Guadalupe Aparicio Morales*  
**Tecuena**



# El agua de Zirahuén

Y sí, mis papás decían: “¡Ya viene el agua de Zirahuén!”. Se formaba entonces como un camino en el lago, pero el agua de aquí, no se juntaba con esa agua. La de Zirahuén era azul azul, bien clarita, se veía hasta el fondo del lago, sacaba burbujitas. Duraba un día o dos días y luego desaparecía: otra vez se iba. Decían mis papás que también el agua de aquí visitaba al Lago de Zirahuén. Yo creo que los manantiales por donde se visitaban los lagos ya se taparon, porque hace muchos años que ya no viene esa agua. Pero no se juntaba: hacía su caminito y luego se perdía.

*Guadalupe Aparicio Morales*

**Tecucna**



# El rey

Decían que ahí se quedó el rey: se hizo piedra ahí con su caballo. Ese rey fue el que le puso nombre a todas las islas. Él andaba en su caballo, de Janitzio brincó aquí a la Tecuena, el caballo se lastimó al momento de caer, se cortó y le salió sangre. Entonces el rey probó la sangre del caballo, sabía dulce, por eso aquí se llama Tecuena porque la sangre del caballo le supo dulce en este sitio. *Tekua* en purépecha significa miel.

De aquí brincó a donde le decimos nosotros Tingüimio. Ahí, en ese lugar cayó en rodillas: *tinkuixurini*, es la palabra que utilizamos nosotros para decir “hincarse o arrodillarse”. Así cayó, y por eso llamó al sitio Tingüimio.

También pasó por Yunuén. Le puso así porque *iunuri* en purépecha es brazo torcido. La Isla Yunuén parece un codo de persona, como un charalito torcido.

El rey luego fue a Janitzio. Ahí encontró muchas mazorcas, *xanini* en purépecha. Por eso es que les puso Janitzio. Y ya es todo lo que sé.

Lorenzo Morales  
y Eliazar Morales Reyes  
**Tecuena**



# El lago respira

Dicen que no es un manantial, sino que ahí está respirando el lago, por eso salen burbujas. Yo he visto que allá en Urandén está naciendo el agua, hay muchos manantiales. Mero se ve que está saliendo, está respirando. Dicen los investigadores que han venido, que está respirando el lago.

*Eliazar Morales Reyes*  
**Tecuena**



# Esa *ómekua* es encanto

En ese sitio antes había mucha agua, no como ahora que se ven las piedras. Le llamamos *ómekua*, ahí está el faro. Antes no se veía nada, estaba hondo. En ese tiempo los pescadores no pescaban por aquí, desde temprano salían en sus canoas a otros parajes y sacaban pescado blanco. Regresaban cuando empezaba a pegar el viento. Un señor dijo:

—Ellos ya se van, pero yo no voy a ir tan lejos porque es muy cansado el regreso: venir remando y remando. No, mejor voy a buscar aquí cerquita, a ver dónde.

Y se animó a llegar a ese lugar a la *ómekua*. Cuando llegó, echó un primer lance y agarró muchos peces. Entonces rápidamente se fue antes de que vinieran los otros para que no lo vieran. Cuando llegó a su casa, su esposa se sorprendió de ver tanto pescado y le dijo:

—Bueno, ¿pos de dónde sacas tanto?

—No, pus tú cállate. Ayúdame a meterlos y ya calla la boca, no le digas a nadie. Nomás tú y yo sabemos.

—Ta bien.

Y así empezó ese señor a ir todos los días al mismo sitio. Agarraba mucho pescado y consiguió muy buen dinero, pues en cuanto regresaba de la pesca su esposa



salía disparada a vender los pescados a Pátzcuaro. Un día salió muy tempranito para que nadie lo siguiera; aún era de noche. Todos dormían tranquilos y él se sintió seguro porque su secreto estaba a salvo. Se quedó dormido esperando que la red se llenara de peces. Era medianoche cuando, de repente, comenzó a escuchar un chapaleo: su canoa se movía. Se asomó por un lado y se admiró de ver como a esas horas de la noche se veía el fondo del lago de tan clarita que estaba el agua. Poco después comenzó a escuchar una música cada vez más cercana, el viento se convertía en esa música rara. “Híjole, ¿pues qué pasa? ¿Por qué aquí se oye así?”. De repente notó que del agua salía espuma, burbujas, pero grandes, por eso se movía la canoa, en una de esas casi se voltea. La música seguía tocando; bien bonitas canciones se escuchaban, pero nadie las tocaba. Era el viento. Él se asustó mucho. Le dio tanto miedo que sacó las redes y empezó a remar tan rápido como pudo, estaba huyendo de algo que no sabía qué era. Ya cuando se acercó a la orilla de la isla sus compañeros iban saliendo a pescar. Entonces dijo para sí: “A lo mejor era encanto, era un encanto que está ahí. Esa *ómekua* es encanto”.

*Marcos Salvador Diego Flores*  
**Yunuén**



# En la Uarikua, en la punta

El abuelo Benjamín tenía un encanto de pescado blanco allá en la Uarikua. Yo creo que no son cuentos porque generación tras generación han platicado eso. Que él cuándo iba a pescar se desaparecía:

—¿Sabes qué? Ahorita vengo, ahorita vengo.

Se iba a la Uarikua, en la mera punta. Una vez fueron a buscarlo, y estaba medio metido en un agujero, dentro de una piedra. Él les dijo:

—Yo voy a una casa, me manda llamar el Patrón, ya cuando estoy por ir a pescar. Voy con él, me invita la mejor comida que he comido. Me dice: “Pásate, quédate aquí”. Es un palacio grande, de puro oro, el piso... ¡cómo brilla! Hay una sirvienta; ella camina y me invita a sentarme en una mesa de oro, me prepara el mejor pescado blanco, y yo me siento a comer ahí. Pellizco al pescado blanco y me saca la lengua, pero es la mejor comida. Yo voy allá: ¡es una casa tan bonita!

Decía que con una lanza de su red, nada más tendía la red en esa parte del lago, y ya no la podía levantar: puro pescado blanco y charal. Él terminaba de pescar muy temprano.



Luego hasta peones tenía. Les daba instrucciones:

—Vayan a pescar a tal parte, pongan el chinchorro, la red más grande. Ahí mero está el pescado. El Patrón me dijo dónde.

Y sí: que aventaban el chinchorro ahí, y puro pescado blanco salía.

Un día los peones dijeron:

—Bueno, ese señor, ¿a dónde va? Nos cuenta que él llega en un palacio donde hay oro, pero por aquí no hay nada de eso.

Y fueron los peones a buscarlo, dicen que estaba sentado en una piedra grande, que estaba nada más así sentado.

Yo creo que era su imaginación o quién sabe, pero de que sabía dónde estaba el pescado, lo sabía.

*Alfredo Menocal*  
*y Alicia Morales Antonio*  
**Yunuén**



# La Mirinkua

Donde están los escalones para bajar al lago le decimos la Tribuna; ahí hay un encanto.

Mi suegro siempre fue muy trabajador. Él tendía sus redes por ahí, en los árboles de chabacano. Un día se sentó y estaba tan cansado que se quedó dormido. Entonces se le apareció una muchacha. Le dijo:

—¿Qué te preocupa? No te preocupes. ¿Cuánto dinero necesitas?

Mi suegro en aquel entonces estaba construyendo una casa y sí que necesitaba dinero. La muchacha insistió:

—¿Cuánto necesitas? Tú dime, pídemelo.

Le ofreció mucho dinero. Entonces mi suegro despertó, le dijo:

—No, tú no eres buena, tú eres el Enemigo. Yo no necesito tu dinero. Yo puedo trabajar y aunque me ofreciste mucho, yo no quiero nada de ti.

En cuanto mi suegro dijo eso, la muchacha se desapareció. Entonces él se encomendó a Dios, pero sí, dice, era una muchacha muy bonita. Yo creo que esa fue la Mirinkua.

*Alicia Morales*  
**Yunuén**



Estos relatos forman parte de las narrativas orales que circulan en algunas de las islas del Lago de Pátzcuaro: Tecuena, Pacanda y Yunuén. En ellos se pueden apreciar distintas formas de ver y entender el mundo que están íntimamente asociadas con el lago y la insularidad. Las entrevistas de donde emanan estos relatos fueron registradas entre junio de 2013 y junio de 2016 por miembros del Laboratorio Nacional de Materiales Orales.

Las versiones que aquí se presentan fueron editadas y en ocasiones reescritas por Berenice Granados y Santiago Cortés.



ESCUELA  
NACIONAL  
de ESTUDIOS  
SUPERIORES  
**UNAM**  
UNIDAD MORELIA

**LAN**  
**M**[Editorial]

